

Hombres y engranajes extiende el campo del escritor problemático que traza en este libro una «autobiografía espiritual». Sus reflexiones se profundizan y se aclaran cada vez más señalando otro eslabón de una meditación padecida en la propia carne. «Estamos una vez —dice en la «Introducción— en la noche metafísica, solitarios y pequeños, angustiados ante la infinita grandeza del universo.» Uno y el universo. La segunda guerra ha descubierto horrores inconcebibles que «nos han abierto por fin los ojos para revelarnos con crudeza la clase de monstruo que habíamos engendrado y criado orgullosamente». Hay que despedirse del siglo XIX y ver patente la índole de la centuria que nos ha tocado vivir; reconocer los errores seculares de la civilización occidental y promover una reacción existencial. «Es falso que el hombre desee ese pensamiento objetivo y desinteresado: quiere el conocimiento trágico, que se amasa no sólo con la razón, sino con la pasión y la vida. El hombre se rebela contra lo general y lo abstracto, contra el principio de contradicción; porque el hombre de carne y hueso es justamente la contradicción: es y no es, es santo y es demonio, ama y odia, es pequeño y a la vez es capaz de portentosas hazañas». Este es el hombre que cuenta y debe tenerse en cuenta para no condenarlo. En cuanto a la literatura, «ha dejado de pertenecer a las bellas artes, para ingresar en la metafísica». Sartre y Camus lo estimulan.

Heterodoxia, desde el título, define la posición tenazmente independiente de Sábato, su condición sin cesar problemática. Plantear problemas, replantearse problemas es la tarea del hombre y el escritor (no hay aquí diferencia alguna), la tarea que Sábato sigue cumpliendo por íntima necesidad. El subtítulo del libro, «Fragmentos sobre filosofía del sexo», señala el examen, desde otro punto de vista —el sexo—, de los temas que lo persiguen desde siempre. No está ausente la referencia a la literatura, pero a este problema le dedicará un nuevo libro: *El escritor y sus fantasmas*, otra inmersión en lo contemporáneo y continuación de una autobiografía espiritual que no ha dejado de fluir a lo largo del tiempo.

Contempla ahora más de cerca la realidad nacional, a la cual ha llegado después de un largo rodeo en torno de asuntos sin fronteras geográficas, aunque delimitados por el aquí y el ahora. Hay un hombre contemporáneo, pero también un modo de ser contemporáneo a través de la nacionalidad. Y cómo ve al hombre argentino. «Nuestro hombre es de contornos indecisos, complejos, variables, caóticos. Esto es como un campamento en medio de un cataclismo universal. Se necesitarán muchas novelas y muchos escritores para dar un cua-

dro completo y profundo de esta realidad enmarañada y contradictoria: la oligarquía en decadencia, el gaucho pretérito, el gringo que ascendió, el inmigrante fracasado o pobre, el hijo y el nieto de ese inmigrante, el habitante cosmopolita de Buenos Aires (indiferente y apátrida, el hombre que vive aquí como se vive en un hotel). Y todos los sentimientos cruzados y los mutuos resentimientos. Y acaso el problema psicológica y metafísicamente más complejo es el descendiente de extranjeros, extraña criatura cuya sangre viene de Génova o de Toledo, pero cuya vida ha transcurrido en las pampas argentinas o en las calles de esta ciudad babilónica. ¿Cuál es la patria de esta criatura? ¿Cuál es mi patria? Crecimos bebiendo la nostalgia europea de nuestros padres, oyendo de la tierra lejana, de sus mitos y cuentos, viendo casi sus montañas y sus mares. Lágrimas de emoción nos han caído cuando por primera vez vimos las piedras de Florencia y el azul del Mediterráneo, sintiendo de pronto que centenares de años y oscuros antepasados latían misteriosamente en el fondo de nuestras almas. Pero también, en momentos de soledad en aquellas ciudades sentimos que nuestra patria era ésta, estaba acá en la pampa y en el vasto río; pues la patria no es sino la infancia, algunos rostros, algunos recuerdos de la adolescencia, un árbol o un barrio, una insignificante calle, un viejo tango en un organito, el silbato de una locomotora de manisero en una tarde de invierno, el olor (el recuerdo del olor) de nuestro viejo motor en el molino, un juego de rescate. ¿Y cómo esta novela puede ser simple o nítida o folklórica o pintoresca?»

Esta bella página, que da la clave de muchas cosas argentinas y explica la dificultad de hallar una fórmula que sintetice tantos elementos diversos y contradictorios da apoyo para comprender la compleja estructura de *Sobre héroes y tumbas* y de *Abaddón, el exterminador*, dos novelas en que la índole problemática del autor se desentiende del instrumento racional para explayarse con los mismos elementos del caos. Si en los ensayos los análisis se efectúan con ejemplar transparencia, en aquellas novelas (*El túnel* tiene otro carácter) el autor deja que los personajes y los sucesos surjan con oportunidad y sentido propios. Hablando de *Sobre héroes y tumbas*, Sábato se ha referido a la liberación de «una obsesión que no resulta clara ni para él mismo» y a las «incomprensibles historias que me vi forzado a escribir desde que era adolescente», palabras de pasmo ante una realidad enorme y enigmática. «He luchado para darle unidad y acaso sentido, por esa manía que tenemos los hombres de encontrar siempre un orden y un significado a hechos que tal vez no

los tengan. No sé hasta qué punto lo he logrado, pero pienso que en cualquier forma esta crónica puede servir como testimonio de algunos de los problemas que se han vivido (y sufrido) en este extremo del mundo durante los últimos tiempos». A personajes oscuros como Alejandra y su padre se opone Martín. El gesto final de éste al trasladarse al Sur, zona inhóspita e incontaminada, de hombres duros y sanos, equivale a un renacimiento. Personajes argentinos del presente y del pasado se superponen en esta novela en que la preocupación por el país, el compromiso, alcanzan uno de los puntos más altos dentro de las letras argentinas. Victoria plena de la literatura problemática, acrecimiento de una herencia literaria que Hernández y Sarmiento, inaugurando tiempos fecundos, legaron a la posteridad. Sábato la pone al día, le añade dimensión universal, la convierte no sólo en conciencia nacional, sino también en conciencia del tiempo, de un tiempo particularmente crítico, en el cual se derrumba una concepción de la vida y del hombre que surgió en Occidente con el Renacimiento y concluyó por deshumanizar a la humanidad inficionada por el dinero y la razón. Sábato se ha empeñado en denunciar esta situación y en proponer los medios para humanizarla. Una lucha dramática y hasta ahora vana.

JORGE CRUZ

Quesada 2392
1429 Buenos Aires
ARGENTINA